



JODI PICOULT

Pequeñas
grandes cosas

Umbriel

PEQUEÑAS GRANDES COSAS

Pequeñas grandes cosas (Umbriel narrativa) Jodi
(Spanish Edition) Picoult

Jodi Picoult

Pequeñas
grandes cosas

Traducción de Antonio-Prometeo Moya

Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Small great things*
Editor original: Ballantine Books, New York
Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación de la autora. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, es puramente fortuito.

Dado que el lenguaje juega un papel crucial en la conformación del poder, el estatus y los privilegios, el tratamiento de determinados términos relacionados con la identidad en la presente novela es una opción deliberada de la autora. Las mayúsculas empleadas en palabras como «Negro», «Negra» o «Blanco», «Blanca», tanto en plural como en singular, son intencionales.

1.ª edición Junio 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2016 by Jodi Picoult

This translation published by arrangement with Ballantine Books, an imprint of Random House, a division of Penguin Random House LLC
All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by Antonio-Prometeo Moya

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-17545-80-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Kevin Ferreira, cuyas ideas y hechos hacen del mundo un lugar mejor y que me enseñó que todos somos personas en evolución. Bienvenido a la familia.

PRIMERA FASE

Parto prematuro

«No habrá justicia hasta que los no afectados se indignen tanto como los afectados.»

BENJAMIN FRANKLIN

Ruth

El milagro tuvo lugar en la calle Setenta y Cuatro Oeste, en la casa donde trabajaba mamá. Era un gran edificio de piedra rojiza, rodeado por una verja de hierro labrado, y sobre cuya ornamentada puerta se veían dos gárgolas cuyos rostros de granito parecían salidos de mis pesadillas. Me aterrizaraban, así que no me importaba el hecho de que siempre entráramos por la puerta lateral, menos impresionante, cuyas llaves mamá llevaba en el bolso de mano, atadas con una cinta.

Mamá trabajaba para Sam Hallowell y su familia desde antes de que mi hermana y yo nacióramos. Aunque puede que ustedes no hayan reconocido su nombre, seguro que lo reconocerían en el momento en que dijera hola. Era el dueño de la inconfundible voz que a mediados de los años sesenta anunciaba antes de cada emisión televisiva: «¡El siguiente programa se emite a todo color en la NBC!» En 1976, cuando ocurrió el milagro, era el jefe de programación de la cadena. El timbre que había bajo aquellas gárgolas tenía el famoso sonido de tres notas agudas que todo el mundo asocia con la NBC. A veces, cuando iba a trabajar con mi madre, me deslizaba fuera, pulsaba el timbre y tarareaba las notas.

La razón de que estuviéramos con mamá aquel día fue que estaba nevando. Se habían suspendido las clases, pero éramos demasiado pequeñas para quedarnos solas en casa mientras mamá iba al trabajo, y ella iba con nieve o aguanieve, y probablemente también con terremotos y en el fin del mundo. Mientras nos embutía en los trajes invernales y nos calzaba las botas, murmuraba que no importaba si tenía que cruzar una ventisca, pero no quisiera Dios que la señora Mina tuviese que untar la mantequilla de cacahuete en

su pan. De hecho, la única vez que recuerdo a mamá tomándose un poco de tiempo libre fue veinticinco años después, cuando le hicieron un doble reemplazo de cadera, operación que pagaron generosamente los Hallowell. Se quedó en casa una semana. Transcurrida esta, aunque aún no estaba del todo bien, se empeñó en volver al trabajo, pero Mina le buscó tareas que pudiera realizar sin estar de pie. Pero cuando yo era pequeña, durante las vacaciones escolares, los brotes de fiebre y los días nevados como aquel, mamá nos llevaba con ella al centro en el metro de la Línea B.

El señor Hallowell estaba en California aquella semana, lo que ocurría a menudo, y eso significaba que la señora Mina y Christina necesitaban a mamá con más urgencia. También la necesitábamos Rachel y yo, pero supongo que nosotras sabíamos cuidarnos solas mejor que la señora Mina.

Cuando al fin salimos a la calle Setenta y Dos, el mundo era blanco. No solo era que Central Park estuviera encerrado en un globo de nieve. Los rostros de los hombres y las mujeres que tiritaban bajo la tormenta camino del trabajo no se parecían en nada al mío, ni a los de mis primos y vecinos.

La única casa de Manhattan en la que yo había estado era la de los Hallowell, así que no sabía lo extraordinario que era que una familia viviera sola en aquel enorme edificio. Pero recuerdo haber pensado que no tenía sentido que Rachel y yo tuviéramos que dejar los abrigos y las botas en el diminuto y atestado armario de la cocina, cuando había multitud de perchas libres y espacios vacíos en la entrada principal, donde estaban colgados los abrigos de Christina y de la señora Mina. Mamá también se quitaba el abrigo y su pañuelo de la suerte, ese tan suave que olía como ella y que Rachel y yo nos peleábamos por ponernos en nuestra casa porque era como acariciar con los dedos una cobaya o un conejo. Esperaba a que mamá cruzara las habitaciones a oscuras como Campanilla y encontrara un interruptor, un picaporte o un pomo para que la casa, como un animal dormido, volviera gradualmente a la vida.

—Vosotras estad calladas —dijo mamá— y os prepararé un chocolate caliente de la señora Mina.

Era importado de París y sabía a cielos. Así que, mientras mamá se ataba el delantal blanco, yo cogí un papel de un cajón de la cocina y un estuche de lápices de colores que había llevado de casa y me puse a dibujar en silencio. Hice una casa tan grande como esta. Puse una familia dentro: yo, mamá y Rachel. Traté de dibujar nieve, pero no me salió. Los copos que hacía con el lápiz blanco eran invisibles sobre el papel. La única forma de verlos era inclinando el papel para que le diera la luz de la lámpara y resaltara el brillo donde había puesto el lápiz.

—¿Podemos jugar con Christina? —preguntó Rachel. Christina tenía seis años, una edad que estaba casi en la mitad exacta entre la de Rachel y la mía. Christina tenía el mayor dormitorio que había visto en mi vida y más juguetes que nadie que yo conociera. Si ella estaba en casa y nosotras íbamos con nuestra madre al trabajo, jugábamos a la escuela con ella y sus ositos de peluche, bebíamos agua de unas tacitas de auténtica cerámica y peinábamos el cabello sedoso de sus muñecas. A menos que hubiera una amiga suya de visita, en cuyo caso nos quedábamos en la cocina coloreando dibujos.

Pero antes de que mamá respondiera, sonó un grito tan penetrante y agudo que se me clavó en el pecho. Supe que a mamá le ocurrió lo mismo porque casi se le cayó en la pila el cazo de agua que tenía en la mano.

—Quedaos aquí —dijo, y antes de terminar la frase ya estaba subiendo la escalera.

Rachel fue la primera en levantarse de la silla; no era de las que obedecían órdenes. Yo fui pisándole los talones, como un globo atado a su muñeca. Mi mano volaba por encima de la barandilla de la curvada escalera, sin tocarla.

La puerta del dormitorio de la señora Mina estaba abierta de par en par y la mujer se retorció en la cama en medio de las revueltas sábanas de raso. Su barriga redonda sobresalía como una luna; el brillante blanco de sus ojos me hizo pensar en los caballos de un tiovivo congelados en el aire.

—Es demasiado pronto, Lou —gimió.

—Eso díselo al niño —respondió mamá, con el teléfono en la mano. La señora Mina le cogía la otra mano, apretándosela con fuerza—. Deja de empujar por ahora —dijo—. La ambulancia llegará en cualquier momento.

Me pregunté con qué rapidez podía llegar una ambulancia en medio de la nevada.

—¿Mami?

Hasta que oí la voz de Christina no me di cuenta de que el ruido la había despertado. Se quedó entre Rachel y yo.

—Vosotras tres, id a la habitación de Christina —ordenó mamá con voz de hierro—. Ya.

Pero las tres seguimos paralizadas mientras mamá nos olvidaba rápidamente, perdida en un mundo dominado por el dolor y el miedo de la señora Mina, tratando de ser el mapa que la yacente pudiera usar para salir de él. Vi las venas del cuello de la señora Mina tensarse con sus gemidos; vi a mamá arrodillarse en la cama, entre sus piernas, y levantarle el camisón por encima de las rodillas. Vi fruncirse los labios rosados que había entre los muslos de la señora Mina, luego hincharse y abrirse. Entonces apareció el casquete redondo de una cabeza, un hombro nudoso, un chorro de sangre y fluidos, y, de repente, había un niño acunado en las manos de mamá.

—Mírate —dijo, con el amor escrito en el rostro—. Qué prisa tenías por venir a este mundo.

En aquel momento ocurrieron dos cosas: sonó el timbre y Christina rompió a llorar.

—Oh, cariño —graznó la señora Mina, que ya no estaba asustada pero sí sudada y con la cara roja. Alargó la mano, pero Christina estaba demasiado espantada por lo que había visto y se acercó más a mí. Rachel, siempre práctica, fue a abrir la puerta. Volvió con dos enfermeros, que entraron y se hicieron cargo de todo, de manera que lo que mamá había hecho por la señora Mina fue como todo lo demás que ella hacía por los Hallowell: perfecto e invisible.

Los Hallowell llamaron Louis al niño, por mamá. Estaba sano, aunque había nacido un mes antes de la fecha, una

víctima de la tormenta, por así decirlo, pues la caída de la presión atmosférica había causado la ruptura prematura de las membranas. Por supuesto, eso yo no lo sabía entonces. Solo sabía que un día que nevaba en Manhattan yo había visto nacer a un ser humano. Yo había estado con ese niño antes de que nadie ni nada de este mundo estuviera en condiciones de decepcionarlo.

La experiencia de ver nacer a Louis nos afectó de distinta forma. Christina tuvo a su hijo con una madre de alquiler. Rachel tuvo cinco. Y yo me hice matrona, enfermera especializada en partos.

Cuando cuento esta historia, la gente supone que el milagro al que me refiero durante aquella antigua tormenta fue el nacimiento de un niño. Cierto, fue sorprendente. Pero aquel día fui testigo de una maravilla mayor. Mientras Christina sujetaba mi mano y la señora Mina la de mamá, hubo un momento, un latido, un suspiro, en que todas las diferencias de educación, dinero y color de piel se evaporaron como espejismos en el desierto. Un momento en el que todos éramos iguales y allí solo había una mujer que ayudaba a otra.

Esperé treinta y nueve años para ver otro milagro igual.

PRIMERA FASE
Inicio del parto

«No todo lo que afrontas puede cambiarse. Pero nada cambia si no lo afrontas.»

JAMES BALDWIN

Ruth

El niño más hermoso que he visto en mi vida nació sin cara.

De cuello para abajo era perfecto: cinco dedos en cada mano, cinco en cada pie, barriga abombada. Pero donde debería haber estado la oreja, había unos labios torcidos y un diente. En lugar de cara, había un amasijo de piel sin rasgos.

Su madre —mi paciente— era una primípara de treinta años que había recibido atención prenatal, incluida una ecografía, pero el niño estaba en una postura que no permitía verle el rostro. La columna vertebral, el corazón, los órganos, todo estaba bien, así que nadie esperaba algo así. Quizá por esa razón ella misma eligió dar a luz en el Mercy-West Haven, nuestro pequeño hospital, y no en el Yale-New Haven, que está mejor equipado para casos urgentes. La paciente llegó cuando había salido de cuentas y tardó dieciséis horas en dar a luz. El médico levantó al niño y se hizo un silencio sepulcral. Un silencio sordo y vibrante.

—¿Está bien el niño? —preguntó la madre, aterrorizada—. ¿Por qué no llora?

A mi lado tenía una estudiante en prácticas que dio un grito.

—Sal —dije, empujándola fuera del cuarto. Cogí al recién nacido de brazos del obstetra y lo puse en la cuna radiante para limpiarle la vérnix de las extremidades. El doctor hizo un rápido examen, me miró en silencio y luego se volvió hacia los padres, que ya sabían que algo iba muy mal. Con palabras suaves, el doctor les dijo que su hijo tenía profundos defectos de nacimiento que eran incompatibles con la vida.

En la sala de maternidad, la muerte es un paciente más habitual de lo que se cree. En los casos de anencefalia o en

los de muerte fetal, sabemos que los padres aún tienen un vínculo con el niño y llorarán por él. El recién nacido, durante el tiempo que vive, sigue siendo el hijo de la pareja.

Así que lo limpié y lo vestí igual que habría hecho con cualquier recién nacido, mientras a mi espalda la conversación entre los padres y el doctor se interrumpía y reanudaba como el motor de un coche en invierno. «¿Por qué?» «¿Cómo?» «¿Y si...?» «¿Cuánto tiempo hasta...?» Preguntas que nadie quiere formular y que tampoco nadie quiere responder.

La madre seguía llorando cuando coloqué al niño en sus brazos. Sus diminutas manos se agitaban. Ella le sonrió, con el corazón en la mirada.

—Ilan —susurró—. Ilan Michael Barnes.

La madre tenía una expresión que yo solo había visto en los museos, una expresión de amor y dolor tan intensos que los dos sentimientos se fundieron para crear una emoción nueva y salvaje.

Me volví al padre.

—¿Le gustaría coger a su hijo?

Parecía a punto de vomitar.

—No puedo —murmuró, y salió corriendo de la habitación.

Fui tras él, pero se interpuso la enfermera en prácticas, que se deshizo en disculpas, muy alterada.

—Lo siento —dijo—. Es que... era un monstruo.

—Es un niño —la corregí, empujándola para pasar.

Abordé al hombre en la sala de espera de los padres.

—Su mujer y su hijo lo necesitan.

—Eso no es mi hijo —balbució—. Esa... cosa...

—No va a pasar mucho tiempo en este mundo. Lo que significa que haría mejor en darle ahora mismo todo el amor que le reservaba para toda su vida. —Esperé a que me mirase a los ojos y entonces giré sobre mis talones. No tuve que volverme para saber que me seguía con la mirada.

Cuando entramos en la habitación, su mujer seguía acariciando al niño y apretaba los labios contra la lisa piel de su frente. Cogí el pequeño envoltorio de sus brazos y se lo

tendí al marido, que respiró hondo y apartó la manta del lugar donde debería haber estado el rostro de la criatura.

He reflexionado sobre mis actos, entiéndanme. Si hice lo que debía cuando obligué al padre a enfrentarse a su hijo moribundo, si me correspondía hacerlo como enfermera. Si mi supervisor me lo hubiera preguntado entonces, le habría dicho que había estudiado para dar consuelo a unos padres apenados. Si aquel hombre no admitía que había ocurrido algo realmente horrible o, peor aún, si seguía fingiendo durante el resto de su vida que no había ocurrido, se abriría un agujero en sus entrañas. Diminuto al principio, el pozo crecería, se haría cada vez grande, hasta que el día menos pensado se daría cuenta de que todo él estaba hueco.

Cuando el padre rompió a llorar, los sollozos sacudieron su cuerpo como un huracán sacude un árbol. Se desplomó en la cama del hospital, al lado de su mujer, y esta le puso una mano en la espalda y otra sobre la cabeza del recién nacido.

Durante diez horas tuvieron al pequeño por turnos. La madre incluso lo instaba a que lo acunara. Yo no podía dejar de mirar: no porque el espectáculo fuera desagradable o indebido, sino porque era la cosa más notable que había visto en mi vida. Era como mirar al sol de frente: cuando apartaba la mirada, estaba ciega a todo lo demás.

En un momento dado me encerré con la estúpida estudiante, aparentemente para comprobar los signos vitales de la madre, pero en realidad para hacerle ver con sus propios ojos que el amor no tiene nada que ver con lo que miramos y tiene todo que ver con el que mira.

Cuando el niño murió, fue en paz. Hicimos moldes de escayola de la mano y el pie del recién nacido para que lo guardaran los padres. Me enteré de que aquella misma pareja volvió dos años después y tuvo una hija sana, aunque yo no estaba de servicio cuando ocurrió.

Esto solo sirve para demostrar lo siguiente: todas las criaturas nacen hermosas.

Es lo que proyectamos sobre ellas lo que las hace feas.